

ZINAIM Y NIDDA.

Traducido por la señorita doña Dolores Chavero.

EL jóven hebreo Zinaim y su hermana Nidda, andaban errantes al acercarse la noche por los llanos de la Asiria. Era en los dias de la ira del Señor, cuando los hebreos eran arrastrados al destierro y al cautiverio. La tristeza posaba en el rostro de Zinaim y las lágrimas corrían de los ojos de Nidda. De tiempo en tiempo, estos dos jóvenes desventurados alzaban sus ojos al cielo, y golpeándose el pecho exclamaban dolorosamente: ¡Señor, Señor! ¡tened piedad de nuestros males! ¡Que vuestra ira no nos persiga por mas tiempo en la tierra de vuestros enemigos!

Al decir estas palabras dejaron caer la cabeza sobre el pecho; sus pasos desfallecian y entregaron de nuevo su alma á los pensamientos mas tristes.

Hacia una hora que seguían el curso de un arroyo; mas observando que declinaba el dia, se apartaron de él para dirigirse á una colina, cuyos árboles copados debían ofrecerles un abrigo para aquella noche. Habiendo llegado á la cima, cogieron algunos dátiles para apaciguar su hambre; después se sentaron á lamentar su situación. Una jóven que descansaba á corta distancia debajo de un emparra-do los oyó y se acercó á ellos.

—Gemís, jóvenes viajeros, les dijo: levantaos y venid conmigo. Tenemos un lecho

para los que no le tienen y mi padre da consuelos á los hebreos sus hermanos.

Zinaim y su hermana siguieron al instante á la jóven que los conducía hacia una casa bastante extensa y rodeada de bosquecillos. Un anciano venerable estaba sentado á corta distancia de la puerta, sobre un banco de césped: tenía una lira en las manos y se disponía á cantar un himno al Señor. Su hija quiso interrumpirle en su prelude; pero Zinaim le suplicó se detuviera, diciéndole:

—Dejad llegar á nuestra alma las dulces palabras de vuestro padre; nos será muy grato oír una lira, y á un hebreo repitiendo una canción de nuestra patria...

La jóven se ocultó tras un árbol, y el anciano cantó su himno vespertino al Dios creador de todas las cosas. Luego que hubo acabado, su hija corrió á decirle:

—Padre mio, os traigo dos jóvenes hebreos. Ved qué tristes están. ¡Ay! sin duda son huérfanos....

—Venid, hijos míos, exclamó el anciano tendiendo los brazos á Zinaim, mientras que su hija recibía á Nidda en los suyos; venid á descansar á mi lado. Todo lo que poseo es vuestro; mi querida Eila va á disponer los manjares que puedan agradaros mas. Yo hebreo soy; hebreo como vosotros; pero hace mucho tiempo que me au-

senté de mipatria. Y aquí he encontrado la riqueza y el reposo; cuando puedo auxilio á mis desgraciados compatriotas. Ya sé los horribles desastres que acaban de caer sobre Jerusalem, y ruego al Señor que me envíe algunos de los desterrados que los vencedores arrojaron á la Asiria, porque me será fácil protegerlos y hacerles bien.

Entretanto, Eila que se había ausentado un instante á fin de disponer todas las cosas para la comida de la noche, volvió seguida de muchos criados que traían los manjares mas delicados. Zinaim y Nidda comieron poco. Cuando la comida se acabó, Elzear (este era el nombre del padre de Eila) dijo á Zinaim:

—Hijo mio, contadme vuestras desgracias, á fin de que descarguéis una parte de vuestros pesares y tengáis esta noche un sueño mas tranquilo. Esta es la hora mas á propósito para contar las penas que nos afligen: todo está tranquilo al rededor de nosotros; hablad, un amigo os escucha.

Eila se colocó al lado de Nidda y Zinaim comenzó en estos términos la relacion de sus males:

—Ya sabéis, venerable anciano, las desgracias de nuestra patria: es inútil que os recuerde las causas de su deplorable ruina. El Señor, irritado por nuestros pecados, envió contra nosotros á nuestros mas terribles enemigos: Jerusalem fué profanada y entregada al saqueo, y sus hijos obligados á abandonarla, partieron al cautiverio. Mi padre era uno de los mas célebres entre los hebreos. En el peligro fué de los primeros que acudieron al auxilio de su patria. Encerrado en Jerusalem y combatiendo noche y dia sobre las murallas, retardó su caída algunos meses.

Cuando fué necesario alejarse de la ciudad del Señor, ocultó sus lágrimas y se esforzó por consolar y reanimar á sus des-

graciados hermanos, que se dirigían hacia la Asiria. Solo en el seno de su familia, perdía ya toda su entereza. Entonces el porvenir le aparecía triste y aterrador; me estrechaba contra su corazón y me repetía llorando:

—Hijo mio, mi querido Zinaim, prométeme no separarte jamás de tu hermana, y servirle de padre cuando os veáis privados de él.

—Conmovido de su dolor, le aseguré que nada podría jamás separarme de Nidda, y que por defenderla derramaría hasta la última gota de mi sangre. Al oírme hablar así, me estrechaba con mas efecto contra su corazón y me prodigaba los nombres mas gratos. Entre tanto se había formado una conspiración entre los cautivos, al momento que entramos á la Asiria, y su jefe era mi padre.

Queriendo sustraernos al peligro que iba á arrostrar, nos hizo partir por la noche en silencio con Liana, que nos servía de madre después que la nuestra no existía. ¡Ay! no le volvimos á ver porque nos hemos extraviado. Cuál haya sido el éxito de la conspiración; lo ignoro.

—No ha tenido buen éxito, hijo mio, le contestó Elzear; solo ha servido para remachar mas las cadenas de los desgraciados cautivos: algunos han podido escaparse, después de haber combatido con valor. Vuestro padre está sin duda entre estos.

—¡Dios lo haga, dijo tristemente Zinaim, y ojalá le volvamos á ver! Separados de él vagamos algun tiempo por las llanuras, después nos metimos en un bosque para ponernos al abrigo de una violenta tempestad, que estalló repentinamente. Allí mi hermana y Liana se durmieron. Me fué imposible cerrar los párpados: aflictivos pensamientos me atormentaron durante la noche. Al salir la auro-

ra me dirigí á la llanura para ver si venia mi padre, pero en vano lo esperé y ya no me fué permitido dudar de nuestra desgracia.

—Mi padre nos habia sido arrebatado, y en lo sucesivo el cielo debia ser nuestro único apoyo. Me arrodillé y dirigiendo los ojos y mi corazon hácia el Eterno: ¡Dios de mis padres, exclamé, ten piedad de nuestro infortunio! Cubre con tus alas á la hermana y la amiga que me quedan. Si debes castigar aun, castígame á mí solo, á mí resérvame el dolor y la tristeza. Me levanté, y mas tranquilo volví hácia donde estaban mi hermana y Liana, á quienes mi ausencia tenia sobresaltadas. Empezamos de nuevo á vagar por los llanos, aspirando por un asilo quieto. Cuando la fatiga y el calor hubieron agotado nuestras fuerzas, nos sentamos debajo de unos árboles que nos ofrecian su sombra, cogimos de sus frutas para calmar la sed que nos consumia, y después que hubimos gozado de algun reposo partimos de nuevo, á pesar del ardor del sol que estaba aun á la mitad de su carrera. No tardaron en presentarse á nuestra vista los mas hermosos paisajes, y la noche vino á poner fin á nuestro largo caminar, al pié de una montaña. La oscuridad que reinaba ya por todas partes nos impedia descubrir las bellezas que nos rodeaban, y con la esperanza de un feliz dia, nos dormimos al grato murmurio de un manantial vecino. Apenas la aurora hubo disipado las tinieblas, cuando un espectáculo pasmoso apareció á nuestra vista.

Al pié de la montaña se extendia una vasta alfombra verde que cubria un espacio inmenso. La montaña estaba cargada de árboles frondosos, cuyo follaje formaba el mas agradable techo y á su extremidad que se perdia en los aires aparecia una torre almenada. Este descu-

brimiento nos llenó de alegría: era mucho para nosotros saber que no estábamos solos en aquel sitio. El primer deseo del desgraciado es fijar su domicilio donde la felicidad parece sonreirle; tal fué el nuestro. Aquel país admirable, nos recordaba las campiñas de nuestra patria; nos resolvimos á permanecer allí algun tiempo, bajo la proteccion del dueño de la montaña. Sin embargo, juzgué prudente que nos pusiésemos al abrigo de toda inquietud en un lugar retirado. Hácia el medio de la montaña, en un oquedad del terreno, estaba una gruta tan profunda, que la yerba la cubria enteramente. In-visible á todas las miradas curiosas, dominaba á lo léjos las campiñas. Árboles cargados de frutas se agrupaban al rededor de ella y un manantial abundante esparcia á sus piés una agradable frescura.

La adopté como el asilo mas seguro de la montaña: no necesité mas que un dia de trabajo para convertirla en una vivienda cómoda. Para vivir allí felices nos faltaba un padre.... ¡Por qué, me direis, no fuisteis luego á llamar á la puerta del castillo que habíais descubierto, en lugar de estar ocultos en una gruta solitaria? La prudencia nos lo impedia. Estaba yo persuadido de que un asirio era el dueño; ¿no debia yo temer de él, si era bárbaro ó inhumano? Yo, solo, me hubiera atrevido á todo; pero un depósito sagrado me estaba confiado; temia exponerle á la vista de los que no podia llamar con el nombre de amigos. Todos los dias tomaba yo nuevas precauciones, y confiado únicamente en el cielo, esperaba una ocasion favorable que me instruyera de lo que debia hacer. Raras veces nos internábamos en la espesura del bosque. Nunca nos atrevimos á acercarnos á los muros temibles del castillo misterioso. Ningun sendero se nos presentaba para conducirnos á

él. Algunas veces nos deteniamos para escuchar de léjos, pero todo quedaba en silencio. Solamente un dia nos espantamos al oír algunos gemidos, pero tan débiles, tan lejanos, que no pudimos saber de dónde salian. Una vez el ramaje se estremeció tras nosotros. Liana y mi hermana temblaron de miedo, como el ave perseguida por la flecha mortífera del cazador.

Me puse pálido, pero dominando mi profundo sobresalto tranquilicé á Nidda y á su compañera, conduciéndolas prontamente á nuestro asilo. Mientras fué de dia y mientras Nidda, tímida, me estrechaba con sus preguntas; aparenté estar alegre, me sonreia de su miedo, de que mi imaginacion tambien participaba. Cuando vino la noche, entre la mas grande agitacion, mi corazon palpitaba violentamente; mil pensamientos confusos asaltaron mi espíritu. Todo fué desórden para mí: padecia yo como la naturaleza al acercarse la tempestad.

Parado á la entrada de la gruta, apoyado contra su muro de césped, escuchaba con atencion cualquier murmullo, cualquier soplo del aire, y con la vista interrogaba al cielo, buscando en balde el remedio de unos males que presentia. Como centinela asustada temia una sorpresa, porque yo solo habia comprendido el ruido del ramaje.... solo yo habia encontrado la mirada perspícaz de un desconocido.... ¡Ay! tenia yo razon de temer y de velar toda la noche. Al despuntar la aurora me alejé bajo un pretexto plausible y me dirigí al castillo, causa de mis tormentos. Por fin, habia yo resuelto aclarar el misterio que hasta entonces no me habia atrevido á penetrar.

Cuando después de una hora de camino penoso, descubrí enteramente el castillo que buscaba, quedé extraordinariamente sorprendido al ver delante de mí una ha-

bitacion construida con una elegancia admirable. Como las murallas que la circundaban eran poco elevadas, podia mi vista abrazarla casi entera, y vagar libremente sobre los techos adornados de balaustrados de mármol y llenos de jardines, donde se elevaban multitud de bosquecillos. Al extremo de una ala del edificio, se aparecia amenazadora la alta torre que habiamos descubierto á nuestra llegada. Rodeada de muchas ventanas estrechas, y guarnecidas con barras de fierro, formaba un contraste triste con el resto del castillo. Parecia una cárcel en medio de aquella mansion encantada: su aspecto siniestro y lúgubre contrastaba las bellezas del resto del edificio, cuyo brillo eclipsaba. Me estuve oculto frente á la puerta principal del castillo. Estaba cerrado este, pero al través de las rejas de fierro mis miradas se dirigian con libertad para sus vastos patios. Atento como el cazador que espera su presa, no tenia yo mas que un pensamiento, un deseo, un temor: todo lo olvidé para no considerar mas que un objeto. Veia aparecer y desaparecer varios esclavos que pertenecian á diversas naciones, segun la diversidad de sus trajes. Algunos estaban armados y velaban por la seguridad de su amo, pero este señor, que debia ser tan poderoso, que era el único objeto que yo deseaba y temia al mismo tiempo, no le ví; siempre esperé en vano. Repentinamente un ruido extraordinario me obligó á alejarme. Las puertas giraron con estrépito sobre sus goznes y muchos esclavos salieron apresurados para ir á ejecutar una órden que acababan de recibir. (Concluirá.)

INDICACION A LOS HOMBRES.

Los sajones tenian por principio no emprender cosa alguna de importancia sin consultar á sus mujeres, cuyos consejos miraban con sumo respeto.

MISCELÁNEA.



LAS CADENAS EN NOCHE DE LUNA.

A mi recomendable y fina amiga la señorita doña

PAZ ITURRIA.

(CONCLUYE.)

Pero como debes suponer, mi delicadeza no me permitió que esa misma noche le dijera que le amaba; me concedió pues ocho días para que lo pensara, y le resolviera después de consultado. Al fin del término estipulado le escribí que era suya, fiada solo en que como persona de educación obraria de buena fe. Desde ese momento ha estrechado mas las relaciones de amistad con mi familia: todas las noches le encuentras en casa, donde se reúnen algunas muchachas alegres, como has visto varias veces, á tocar el piano y á cantar, ó bien á jugar juegos de prendas, en lo que pasamos hasta las once ú once y media, hora en que se retiran todos á sus casas. Mis hermanas todo lo saben y me lo han aprobado; papá y mamá, aunque no se los he comunicado aun, me presumo que todo lo conocen, y léjos de dar muestras de disgusto se manifiestan satisfechos de la conducta que he observado, porque conocen que P.... es un jóven como hay pocos, recomendable por mas de un título y digno de que se le guarden las mayores consideraciones y el mas distinguido aprecio. Ya verás que todo cuanto ha pasado en este asunto te lo he contado sin reserva, porque sé que eres mi amiga y que tú no lo dirás á nadie.

—Vive segura de que jamás revelaré este secreto y permíteme que te diga que eres la jóven mas dichosa, porque ciertamente P... labraba tu felicidad.

Hasta aquí llegaron de su conversacion las dos bellas criaturas, porque habiendo sonado las diez, dieron la órden de marcha las mamás.

Interesada mi curiosidad en saber el resultado de ésta historia, hice las mayores diligencias para descubrir quién era esta familia y el jóven de que tantos elogios hacia la *encantadora* Isabel, dando mis indagaciones el mejor resultado, pues todo lo supe á los pocos dias. Helo aquí:

Los amores de Isabel con P.... aumentaban á medida que pasaba el tiempo: ambos se consideraban felices; pero el cielo les reservaba atroces padecimientos, porque estaba decretado que no fueran dichosos en este mundo.

En una de las noches que concurría P... á la casa de Isabel, anunció á las nueve y media que se retiraba porque se sentia con dolor de cabeza y calentura, no pudiendo por lo mismo permanecer en pié por mas tiempo: grande cuidado causó en el momento esta noticia á toda la familia y en especial á Isabel, porque el amor que los unia era sincero y de consiguiente se afligian de la menor cosa que le sucedia á cualquiera. Pasó pues la noche llena de inquietud y derramando su llanto porque preveia *funestidades* que su razon le confirmaba: con esto, al dia siguiente bien temprano mandó preguntar cómo seguia él; se le anunció que se en-

contraba en peor estado, descubriéndose á poco que era un tifo terrible el que se habia apoderado de su persona. El pesar mas acerbo ocupó el corazon de la desdichada Isabel, y la palidez que desde ese instante se pintó en su semblante revelaba los sufrimientos que la destrozaban: los cuidados que se tenian por la persona de P.... se redoblaban mas y mas; pero todo era en vano; la calentura se aumentaba y el médico que le asistia se vió obligado á ordenar que se dispusiera al cuarto dia antes que su cabeza sufriera un trastorno, encargando que se acercara á él su bella Isabel para despedirse quizá para siempre del único objeto que adoraba, porque conocia que iba á fallecer á los pocos dias. Este suceso debia ser por tanto el mas terrible para la pobre jóven, quien hubiera dado su vida por conservar la de su amante: se acercó á su cabecera traspasada de dolor y le preguntó á P.... qué estado guardaban sus males: en el momento que la oyó le tomó su mano, y bañándose con su llanto le dijo que iba á exhalar el último suspiro siempre amándola; que recibiera su último *adios*, pero que conservara en recompensa un recuerdo de su persona mientras viviera, así como de los juramentos que tenían celebrados, ya que el Ser Supremo no habia permitido que los unieran en esta tierra los lazos de Himeneo; pero que volverian á verse en la mansion divina donde solamente se goza la felicidad eterna que no existe en este mundo. No pudo resistir la jóven un momento tan terrible; cayó desmayada y fué preciso socorrerla porque lo sensible de estas palabras llegaron al fondo de su triste corazon. A medida que esto pasaba, P.... se agravaba mas y mas, perdiendo su cerebro á causa de la fuerza de la calentura, y siendo su único delirio su *encantadora* Isabel, sus amores y su enlace; pero este

Tom. II.

iba acabando al paso que se acercaba el último momento de su vida. Así es que el sétimo dia exhaló el postrer suspiro y se entregó á dormir el sueño de la muerte, pronunciando hasta el último instante el nombre de su amada. Su muerte fué tan sosegada como su vida, é Isabel á quien no se volvió á permitir la entrada á la pieza del enfermo, ignoraba la gravedad y su muerte, porque todos tenian buen cuidado de ocultársela á pesar de que lo preguntaba á cuantos sabia que le veian. Este estado difícil de mantenerse, no podia durar mucho tiempo; y así era preciso ver de qué manera se comenzaba á darle la funesta noticia y á convencerla de que ya esto no tenia remedio: sin embargo, nadie queria aceptar una comision tan pesada como cruel, y al fin la mamá, á pesar de conocer el efecto que iba á causar en su querida hija una noticia que equivalia á darle la muerte, se resolvió, estrechada por la fuerza á hacerlo, valiéndose de algunos engaños, súplicas y consejos, que todo fué en vano, porque nada bastó á consolarla. Esto fué para ella un golpe terrible, un rayo que la hirió: por el pronto un ataque atroz de nervios y después una complicacion de males la pusieron en cama por algunos meses: el médico desesperaba de su alivio, su familia lloraba y se afligia; pero ella á la par que se agravaba manifestaba mas alegría, porque decia que iba á alcanzar á su amante. La eficaz asistencia que se le dispensó ó mas bien las oraciones que sus padres elevaron al Dios Omnipotente, permitieron que comenzara á dar señales de alivio. Larga y delicada fué su convalecencia; pero desde el momento que se sintió con algunas fuerzas comenzó á instar porque le permitieran su entrada á un claustro donde queria acabar su vida consagrada solo á la meditacion y al silencio; porque la sociedad y el mundo léjos de prestarle algu-

P.—32

na distraccion, le era repugnante, ofreciéndole solo recuerdos amargos que desgarraban su triste corazon. Sus padres y hermanas se opusieron como era natural á una resolucion que los separaba de la compañía de una hija tan obediente como virtuosa; pero de nada valieron las súplicas y consejos, así como las instancias de cuantas mas personas se interesaron en hacerla mudar de resolucion: fué pues preciso darle gusto en esto ya que no quedaba otro recurso. Efectivamente, á los veinte dias tomó el hábito de religiosa en el convento de..... donde seguia una vida que servia de modelo, causando positiva admiracion.

Así pasaba el tiempo, cuando á los nueve meses una mañana se me entregó una tarjeta en que se me anunciaba el fallecimiento de Isabel. Concurrí pues á dar el pésame á su familia á quien encontré inconsolable con la pérdida de tan buena hija, por cuya razon hasta el dia vierten lágrimas al recordar sus padecimientos.

Junio 26 de 1851.—SILFICETA AMOR.

DICTÁMEN.

Cualquiera que sea el asunto de la conversacion, proponed vuestro DICTÁMEN con modestia; defendedle con serenidad y con amable tono si se os combate; ceded con agrado si no teneis razon; ceded tambien aunque tengais razon si es de poco momento lo que se discute y sobre todo si la persona que os impugna es una señora ó un anciano. Sin embargo, cuando el amor á la verdad ó el deseo de instruccion os obligare á entrar en discusion, hacedlo con comedimiento y buena crianza; pues así, aunque no logreis traer á vuestro DICTÁMEN á vuestro contradictor, os conciliaréis por lo menos su estimacion. Pero si llegais á haberlas con uno de esos individuos que poseidos de la manía de la dis-

cusion, comienzan contradiciendo antes de escuchar, y que siempre están dispuestos á sostener el dictámen contrario, ceddeles la palma, pues nada ganais con ellos: estad persuadido de que el espíritu de contradiccion no puede ser vencido sino con el silencio.

EL CORCHO.

El CORCHO es la corteza exterior de un árbol del género del roble que se da sin cultura en las partes meridionales de Europa. Cuando el árbol tiene sobre quince años, se le puede quitar la corteza y esto puede hacerse durante ocho años sucesivos. La corteza vuelve á formarse, mejorándose á medida que va tornándose viejo el árbol. Los españoles cubren con ella sus paredes de piedra, lo que no solamente da un suave calor á sus casas sino que tambien las guarda de la humedad. Los egipcios la emplean para ataúdes.

EL ESPEJO.

La repeticion de unos mismos movimientos no es menos enfadosa que la de unas mismas palabras. Sucede muchas veces que por una inadvertencia de las mas molestas, se contrae la costumbre de hablar mirándose al espejo de algun aposento. No hay cosa que dé una traza mas indecorosa á una mujer y mas necia á un hombre: sin embargo, lo mas que prueba ello es que ha sido uno criado pobremente, donde no habia aposento que tuviese un espejo; pero el mundo no se toma el trabajo de investigar las causas y considera mas fácil decir: "Esa es una coqueta" ó "ese es un fatuo."

ETIQUETA.

En un casamiento, las personas de estimacion de la novia dan el bollo y los guantes, y al novio toca dar el anillo nupcial y pagar los derechos de iglesia.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.



MANEJO Y GOBIERNO DE UNA CASA.

Por madama Cora Millet.

(Véase la página 237.)

III.

SITUACION Y COMPARTIMIENTO DE UNA CASA.

La primera cualidad de una casa es que sea sana: por lo tanto se procurará tener una casa que esté bien ventilada y tenga luz, y si hay precision de vivir en bajo debe procurarse que el piso esté á tres piés (una vara) por lo menos sobre el nivel de la tierra. Las paredes salitrosas son temibles á causa de la humedad que conservan.

Si la conformacion del terreno ó la incuria de los que han ocupado la vivienda ha dejado aumentar aguas estancadas en las inmediaciones de la casa, es necesario no perder diligencia por desviar aquellos focos de infeccion, pues esto es de la mayor importancia. Todo basurero debe tambien tenerse léjos de la casa.

Es preferible que las luces de la casa den al mediodía ó al oriente: el poniente es la peor exposicion, pues de este lado es particularmente de donde vienen las lluvias.

A los alrededores é inmediaciones de la casa deben darse un aspecto de buen orden y aseo y aun conviene embellecerlos: esto se logra fácilmente dedicando á ellos algunos ratos perdidos y un poco de dinero, el que habia de destinarse á cosas de menos provecho. Gústale á uno mas su hogar cuando vive en una casa que es pro-

pia para agradar, y es un punto esencial en la vida doméstica el que guste á uno su hogar. La vista de objetos gratos dispone, sin que se eche de ver, al buen humor: lo contrario pone á uno displicente y le aburre, y puesto que debemos poner todo nuestro empeño en mejorar nuestro carácter y nuestras costumbres, no está demás que los objetos exteriores nos ayuden á conseguirlo.



PARA SECAR EL CABELLO.

El abundante CABELLO de una señora puede secarse inmediatamente, exponiéndole al vaho ó vapor del benjuí. Debe la señora reclinarsse en un sofá, de suerte que le cuelgue el pelo del otro lado. Un brasero con dos ó tres pedacitos de carbon encendido se coloca después debajo del cabello y échese luego una poca de goma de benjuí en polvo en el brasero. El espeso humo que se desprende y que está muy impregnado de ácido benjoico, combinado con ácido carbónico, absorve rápidamente la humedad del pelo, el cual debe antes enjugarse muy bien con una toalla, de manera que conserve la menor humedad posible, y á pocos minutos se tendrá el cabello perfectamente seco, y aromatizado.



REMEDIO CONTRA EL DOLOR DE MUELAS.

Alumbre hecho polvo finísimo, 2 dracmas; espíritu nitroso de éter, 7 dracmas: mézclese y aplíquese á la muela.

TRISTEZA.

POR LA SEÑORITA T. ORDOÑEZ.

(Remitido para la Semana.)

TRAS de la cumbre de lejanos montes
El sol oculta sus ardientes rayos;
Y aun dora los opuestos horizontes
Con el postrer fulgor de sus desmayos.

El industrioso y pobre labrador
A su choza camina silencioso:
Dejando húmedo el campo de sudor,
A sus fatigas va á buscar reposo.

Siente aun correr sudor sobre su frente,
Por el trabajo y el calor del dia:
Que las fuerzas le faltan tambien siente
Al acercarse ya la noche fria.

Ese mismo sudor el rostro baña,
No obstante de la tarde la frescura,
Del humilde pastor que á su cabaña
Vuelve, y el paso á su rebaño apura.

Camina el buey tambien con paso lento
En busca de un asilo, de un abrigo
Do recobrase del abatimiento
Que el áspero trabajo trae consigo.

El vuelo emprende la paloma pura,
Dejando el valle ameno y delicioso;
Y llegando del bosque á la espesura
Párase allí en el árbol mas frondoso.

Del cristal claro de la pura fuente
El murmullo agradable yo escuchaba;
Via tambien que el aura fuertemente,
Las hojas de los árboles meneaba.

Y las que secas ya, al suelo caidas,
Se alzan á impulso de agitado viento;
Y las marchitas quedan desprendidas,
Y se alejan con raudo movimiento.

La noche empieza á desplegar su manto
Sobre toda la gran naturaleza;
Llenando al mundo de terror y espanto,
Llenándole de horror y de tristeza.

El astro de la noche silencioso
Entre nubes se mira allá en el cielo,
Empezando á alumbrar, y misterioso
Su opaca luz derrama y su consuelo.

Campana mística entre tanto suena,
Reclamando silencio y oracion,
Que de nuevo terror el alma llena,
Y de angustia tambien el corazon.

Con tristeza y silencio contemplaba
Al cielo, al mundo y á la blanca luna;
Lastimosos suspiros exhalaba
Y ví pasar las horas una á una.

El llanto que produce dura pena
A torrentes brotar siento en los ojos,
El que se absorbe en la ardorosa arena,
Quedando allí de amor tiernos despojos.

Léjos, muy léjos de paterno suelo,
Tan solo la tristeza está conmigo;
En ella busco á mi dolor consuelo,
Al objeto querido, al fiel amigo.

¡Con qué dulce placer yo recordaba
De mi vida la edad mas lisonjera!
Esas pasadas dichas admiraba,
Esos contentos de la edad primera.

Y esta grata memoria calma el duelo
De mi terrible pena y mi quebranto,
Y derrama tambien dulce consuelo
En esta mi alma que padece tanto.

Todo muda de aspecto derepente:
La esperanza que nace placentera
Huye de mi alma cual veloz corriente,
Sin detener su rápida carrera.

Oigo bramar los huracanes roncous
Que derriban la choza y el palacio,
Y veo bajar por el inmenso espacio
El rayo á destrozár añosos troncos.

A UNA FLOR MARCHITA.

SONETO.

¡Pobre flor, hoy marchita y agostada,
Qué bella eras ayer y qué graciosa,
Cuando allá en el jardín mi mano ansiosa
Te cortó para darte á mi adorada!

En su divino seno reclinada
Gallarda te elevabas y orgullosa,
Y de placer te estremeciste ¡oh rosa!
Cuando besó tu copa perfumada.

Brillabas de frescura y lozanía,
Envidiaban tu dicha otras mil flores,
Y mi Laura en mirarte se placía.

¡Y hoy te me vuelve seca y sin colores!
Y al ver tu suerte exclamo ¡oh Laura mia!
¡Sucedará lo mismo á mis amores!

Mi corazon cobarde y angustiado
Solo la proteccion del cielo invoca:
De mi existencia el término ha llegado;
La mano de la muerte ya me toca.

Hácia la eternidad levanto el vuelo:
Mi alma un gemido da de despedida;
Y la dicha que nunca hallé en el suelo
Voy á buscarla en la futura vida.

Camino á la mansion de la esperanza
A do va de mi canto el triste acento,
En donde el bueno recompensa alcanza,
En donde está la dicha y el contento.

Ya el nuevo dia no verán mis ojos;
Pálido está mi cuerpo y sin calor:
Al mundo falso dejo estos despojos,
Mi alma se eleva al trono del Señor.

En el silencio de la tumba fria,
De una paz dulce van á disfrutar
Hasta que brille el sol del nuevo dia,
Que los vuelva otra vez á reanimar,

Para gozar la dicha aquí no hallada,
Aunque todos caminan de ella en pos.
Siento mi voz ya lánguida.... apagada...
Todo acabó, y ¡á dios por siempre! ¡á dios!
Chilcuautla, junio 29 de 1851.

EL PLAZO.

Traducido de Mad. Dufrenoy.

No, basta ya, no quiero de mis años
Lo mas bello y florido malgastar
En protestas inútiles, no quiero
De ese ingrato el amor ya mendigar.
Desde este instante mi partido tomo;
Desde este instante no le adoro ya;
Resuelta estoy... mas... esta noche quiere
Conmigo á solas un momento hablar...

Su corazon acaso me comprenda....
Él me idolatra férvido tal vez...

Quizá esta cita mi ventura labre...
Hasta la noche amemos al infiel.

Abril de 1851.—J. M. DE SAMANIEGO.